El jóven redactor de *La Iberia*, D. Cárlos Rubio, habló de la patria material, rescatada por nuestros padres en la gloriosa guerra de la independencía, y de la patria moral, que está donde se ejerce la libertad. En esta segunda parte de su discurso, que fué completamente suprimida, decia entre otras cosas :

“Pero respecto á la patria moral, ¿qué no tendremos que hacer, cuando nuestra política se elabora en no sé qué antros, en que se agita una camarilla, que repite cuando se presenta ante el pueblo aquellas célebres frases del P. Nitard: “Debeis respetarme, porque tengo todos los dias á vuestro Dios en las manos y á vuestra Reina á los piés,, y que despues de oprimirnos en vida, ni aun nos deja quietos en el sepulcro; pues allí, á la luz de las hogueras inquisitoriales en que se queman los libros, vá á buscar nuestros despojos, á roer nuestros huesos, á mancharlos con su baba y arrojarlos por el campo ?

„Para restaurar nuestra patria moral, imitemos á los legisladores de Cádiz... Y no temamos que por eso se nos acuse de anti-dinásticos. A esa acusacion, que tantas veces se nos hace de mala fe, ni podemos, ni debemos, ni queremos contestar.—El partido progresista es monárquico-constitucional; mira á los principios y no á las personas; cree que el rey debe reinar y no gobernar, y es amante de todo rey que acepte el sistema constitucional; pero defenderemos este sistema de todo el que le ataque.,,

Al brindar, el Sr. Rubio lo hizo muy oportunamente por que permaneciesen unidos, y marchasen por el mismo camino y al mismo fin, el general Espartero y don Salustiano de Olózaga.

Tenia este brándis mucha significacion en aquel momento; porque se hablaba públicamente de excisiones en el partido progresista con motivo de las antiguas desavenencias que existian entre los dos citados personajes. Todos esperaban que el Sr. Olózaga daria explicaciones satisfactorias, capaces de tranquilizar á los admiradores del héroe de Luchana, que se encontraban en gran número en aquella reunion: así es que, cuando al poco rato tomó la palabra para resumir, se le escuchó con el más profundo silencio.

como el patrocinio de las llagas. Deseo, pues, que se acabe ese patrocinio; porque las llagas no han existido nunca, ó se cicatrizaron muy pronto, para resucitar de Real orden.—Y concluyo, señores, con una advertencia: cuando había Alejandro, eran maestros los Aristóteles. Es menester que sean Aristóteles los hombres que enseñen á los príncipes; porque de otra manera, hay mucho daño para los príncipes. Que sepan los pueblos, que sepan los reyes, todas las potestades juntas de la Tierra, lo que decia el poeta lusitano :

«Cuando flojo es el rey, floja es su gente.»

Brindo, pues, por la fortaleza de la autoridad fundada en principios de derecho y de justicia, y por la inmortalidad del partido progresista fundado en el dogma que es guia de todos.»

El hábil orador no supo esta vez, ó no quiso, disfrazar su pensamiento : dijo que le tocaba desmentir á los que con siniestra intencion suponian diferencias entre él y el general Espartero, de quien hizo los mayores elogios, colocándole en el lugar más eminente ; en el lugar que le correspondia por sus grandes servicios, por su significacion, por su respetabilidad incomparable; añadiendo que el ilustre Duque de la Victoria estaba sobre todos, como una gloria nacional, y en esa altura debia conservársele, haciéndole inaccesible á las cuestiones palpitantes y á los ódios que engendra el gobierno, y rodeándole de toda clase de consideraciones, como emblema respetable de la libertad; con lo cual claramente queria expresar, que no deseaba ver al Duque de la Victoria en la presidencia del Consejo de Ministros, porque sabia que á él no le convenia serlo ni lo admitiria de ninguna manera, no pudiendo por lo tanto convenir al país que lo fuese contra su voluntad.

Comprendióse perfectamente que esto era dar la jubilacion de la jefatura del partido al general Espartero, y se levantaron rumores de protesta contra las atrevidas palabras del señor Olózaga, que continuó hablando hasta que faltó la luz del dia; gracias á lo cual no terminó el banquete con un ruidoso rompimiento entre olozaguistas y esparteristas. El orador dió un giro diferente á su discurso, pasando á declarar que el partido progresista no podia admitir la Constitucion de 1845; y como esto no era bastante para distraer los ánimos excitados por las últimas declaraciones, la emprendió con los conservadores, diciendo que no podian escapar del siguiente dilema: "O en el año 38, cuando declararon que la Constitucion del 37 era la más buena y aceptable que pudiera darse y expresaba sus propios principios, mintieron; ó cuando la reformaron en 1845, procedieron villanamente." Manifestó que esta reforma se hizo por complacer á Luis Felipe, que, pretendiendo casar á la Reina de España y á la Infanta su hermana con dos hijos suyos, queria que desapareciese de la Constitucion el artículo que prevenia que ambas princesas necesitaran del consentimiento de las Córtes para contraer matrimonio; y declaró de una manera terminante, que la única Constitucion legalmente existente era la de 1837, por haber sido hecha en Córtes constituyentes; pues la del 45 lo fué en Córtes ordinarias, y la del 56 no llegó á ser aprobada.

Indicó luego algunas de las reformas que deberia realizar el partido progresista, y concluyó aconsejando que no se perdiese por un momento la confianza ni la union; con lo cual dió por terminado el acto.

Era ya casi de noche: la reunion se disolvió inmediatamente, y al salir de los

Campos Elíseos encontró sus dos puertas invadidas por un inmenso gentío, que había permanecido allí toda la tarde en actitud pacífica.

El Gobierno tomó algunas medidas de precaucion, disponiendo que durante el banquete evolucionaran varios escuadrones por las cercanías de la Plaza de Toros y otros puntos estratégicos de Madrid.

VIII.

Otra manifestacion, más imponente si cabe que las anteriores, fué la traslacion de los restos mortales de Muñoz Torrero desde la iglesia de San Isidro, donde se hallaban depositados, al monumento en que ya reposaban los de Argüelles, Calatrava y Mendizábal, en el cementerio de San Nicolás, situado fuera de la puerta de Atocha.

Don Diego Muñoz Torrero fué un virtuoso sacerdote, considerado por todos los liberales como una gloria nacional. Habia sido rector de la universidad de Salamanca y gozaba de una gran reputacion de sabiduría, cuando pasó á representar á la nacion en las Córtes constituyentes de Cádiz de 1810. En la primera sesion que estas celebraron, se levantó á proclamar el principio de la soberanía nacional, consiguiendo en unas proposiciones que llevaba escritas, y que fueron leidas y aprobadas por unanimidad, además de aquel principio, en cuya virtud las Córtes declararon nulo el Gobierno intruso é invalidada la cesion de la corona á favor de un Bonaparte, otra série de principios que sirvieron de fundamento para redactar la Constitucion política de la Monarquía.

Fué además aquel insigne patricio uno de los más ilustrados defensores de la libertad de imprenta; se adelantó á su época declarándose contrario á la esclavitud y á las distinciones de razas; fué tambien el primero que, dando muestras de la independencia de su carácter, reclamó el sistema de las votaciones nominales, y abogó con elocuencia irresistible por la abolicion del tribunal llamado del Santo-Oficio, obligando á las Córtes á declarar que *el Tribunal de la Inquisicion era incompatible con la Constitucion.*

Perseguido en 1814, como lo fueron otros eminentes patricios en aquel tiempo, Muñoz Torrero, despues de sufrir larga prision en un inmundo calabozo, fué reclui-

do en el monasterio de Erbon, en Galicia, permaneciendo en él seis años, hasta que el movimiento liberal de 1820 le sacó de su encierro y le llevó de nuevo á las Córtes, cuya diputacion permanente presidió, mereciendo por su portentosa elocuencia, su saber y sus virtudes la honra de ser propuesto para el obispado de Guadix. La desatentada reaccion de 1823 le obligó á emigrar á Portugal, donde creyó encontrar la hospitalidad, y solo le aguardaban el martirio y la muerte; pues alcanzándole allí la saña de la venganza política, le hizo víctima de crueldades cuyo relato pone espanto en el ánimo: encerrado en una cárcel, vióse luego tratado como miserable presidario hasta el último dia de su vida, siendo por último arrastrado su cuerpo agonizante por una escalera, cuyos peldaños golpeaba su consagrada cabeza.

En el cementerio de Oeiras, pueblecito situado á tres leguas de Lisboa yacian sepultados los restos de Muñoz Torrero, sobre los cuales la mano de un amigo habia colocado una losa de piedra blanca, en la que estaba grabado de una manera tosca el nombre de aquel español ilustre. Allí fué á buscarlos una comision de los progresistas de Madrid; y habiendo encontrado la losa oculta por la yerba y la maleza, los trabajadores la levantaron, removieron la tierra con cuidado, y á los pocos momentos viéronse aparecer los trozos de una caja de madera, deshechos por la humedad, y los huesos de un hombre, blancos como la nieve, que recogidos y limpiados cuidadosamente, despues que un sacerdote hubo recitado sobre ellos un responso, fueron envueltos en unos paños negros y depositados en una caja de plomo, que á su vez fué encerrada dentro de otra de caoba.

Conducidos á Madrid los restos de Muñoz Torrero, desde el momento en que la urna que los contenia fué depositada en la iglesia de San Isidro, se encargaron de su custodia, turnando en este servicio, varios individuos del partido progresista, que se habian ofrecido á ello. Durante la mañana del dia 5 de Mayo, todas las misas que se dijeron en la mencionada iglesia fueron aplicadas en sufragio del alma del difunto legislador. A las tres y media de la tarde se cantaron solemnes responsos, y terminadas las ceremonias religiosas, se puso en movimiento la comitiva que debia acompañar aquellas cenizas al Campo Santo, siguiendo el orden que anticipadamente se habia anunciado. Pasarian de catorce mil personas las que concurrieron á este acto.

Iban delante cien pobres de San Bernardino con cirios; á continuacion los huérfanos de padres artesanos acogidos en el colegio de la Asuncion con velas, y la banda de música de los niños del Hospicio. Seguian los estudiantes de la Universidad

central, que habian pedido puesto por medio de una comision, la cual marchaba á su cabeza llevando una corona que debian depositar en el monumento fúnebre. Iban luego en dos filas los demócratas, que tambien habian solicitado formar parte del cortejo, y en seguida, guardando el mismo orden, la Sociedad de Milicianos nacionales veteranos, presidida por D. Pascual Madoz. A continuacion marchaban los que en nombre de los diferentes distritos de Madrid llevaban una corona; los individuos de la Tertulia progresista; los representantes de los comités de provincias, y otras muchas personas que de diferentes puntos habian acudido á tomar parte en las fiestas cívicas que se celebraron en aquellos dias, y á cuya cabeza iban los señores Calatrava, Ruiz Gomez y Crespo, comisionados para la traslacion de los restos de Muñoz Torrero, juntamente con tres sobrinos de este y los hijos de sus compañeros de emigracion. Seguia el clero parroquial de Santa Cruz, y por último, el carro fúnebre de la Sociedad de Veteranos, tirado por seis caballos. Sobre la urna cineraria, y en un almohadon negro, descansaba una corona de laurel; al frente veíase una alegoría de la Religion entre dos ángeles; en la parte posterior, un génio con el libro de la Constitucion abierto, y en los cuatro ángulos de la urna, otras tantas banderas, dos españolas y dos portuguesas.

Llevaban las cintas del carro los señores Marqués de Perales, Fuente Andrés, Figuerola, Fernandez de los Rios, Montemar, Concha (D. Antonio), Rodriguez Leal, Ruiz Zorrilla, Salmeron y Alonso Cordero; y presidian el duelo los señores Olózaga, Morejon, diputado de las Córtes de Cádiz, general PRIM, Sagasta y Muñiz Vega, los presidentes de los comités de provincias y los individuos del central. Una banda de música cerraba el cortejo.

En esta disposicion recorrió la comitiva la calle de Toledo, plaza de la Constitucion, Arco del Siete de Julio, calle Mayor, Puerta del Sol, calle de Alcalá, Salon del Prado y paseo del Botánico, pasando por entre una apiñada multitud, que en general daba muestras de profundo respeto, hasta llegar á los afueras de la puerta de Atocha, donde se detuvieron las dos largas hileras de concurrentes para dar paso al clero, al carro fúnebre, á la presidencia y comisiones, que se adelantaron hácia la puerta del cementerio. Allí tomaron la urna los mismos que habian llevado las cintas del carro, y la condujeron á la capilla, donde se cantó un responso, trasladándola inmediatamente al mausoleo, preparado al efecto en el centro del monumento donde reposan los restos de Argüelles, Calatrava y Mendizábal.

Serian las ocho de la noche cuando terminó el acto y se dispersaron los concur-

rentes, por parte de los cuales no hubo que lamentar el menor desorden. Solo al acercarse el carro fúnebre á la Puerta del Sol ocurrió un incidente, que produjo alguna confusion y alarma entre los espectadores: fué el caso, que varios coches quisieron interrumpir la procesion empeñándose en pasar por medio de ella, habiéndolo conseguido dos, en uno de los cuales iba, segun se dijo, el Gobernador de la provincia. Esto hizo que se levantaran algunas voces de protesta; pero en seguida estrecharon sus filas los manifestantes, y se restableció el orden más perfecto sin necesidad de que interviniesen los agentes oficiales.

Mucho dieron que hablar las manifestaciones progresistas del mes de Mayo, y durante muchos dias se ocuparon de ellas con sobrada intemperancia los periódicos absolutistas, moderados y conservadores. Decian que los progresistas, no contentos con pretender monopolizar la gloria nacional del 2 de Mayo, removian las cenizas de los muertos, con el exclusivo objeto de dar á conocer su fuerza; y algunos de ellos, arrastrados por la pasion política, trataban con un desprecio irreverente al mismo Muñoz Torrero, empleando las más sangrientas diatribas y los epigramas más mordaces contra aquel venerable sacerdote.

Pero lo que daba más pábulo á la irritacion política era el banquete de los Campos, lo que allí se habia dicho y lo que no se habia permitido publicar. Tronaban los periódicos ministeriales contra el espíritu revolucionario, subversivo y amenazador, que, segun ellos, dominaba en los discursos de los progresistas, torciendo acaso el sentido de sus palabras, interpretándolas y comentándolas de mil maneras; y contestaban á esto los aludidos: "Si se han dicho cosas tan malas, ¿por qué no se las deja circular íntegra, literal y libremente? Así nuestro partido seria juzgado y condenado por sus propios actos.," Los moderados y absolutistas arremetian á su vez contra la inconsecuencia del Gobierno, que despues de permitir tan ancha y expansivamente las manifestaciones de los exaltados, prohibia la publicacion de lo perorado al aire libre ante millares de personas.—"Esto es curioso, decia *La Regeneracion*. Se permiten los discursos delante de 3000 personas, y luego se condenan en dos periódicos. ¡Como si se pudiera evitar que sepa todo el mundo lo que se dice en presencia de tres mil personas, entre ellas más de cien periodistas, y lo menos veinte corresponsales de periódicos extranjeros! Lo que importaba era impedir los discursos, y recoger los almuerzos, y denunciar formalmente á los *almorzantes*."

Ya era tarde para hacer nada de esto, dado caso de que fuera posible y prudente

intentarlo siquiera; pero los amigos del Gobierno mostraban que este no se hallaba lejos de pensar en algo semejante para lo sucesivo, y ocupándose de las ideas emitidas en el banquete, decia uno de ellos en el periódico *La Política*:

“Basta de contemplaciones y de farsas. Los partidos ó las ambiciones que no acepten, que no reconozcan, que no acaten la legalidad constitucional, *son partidos ilegítimos, asociaciones revolucionarias, ambiciones facciosas*, y como tales deben ser tratados siempre que quieran sobreponerse á las leyes, á las instituciones y á la sociedad.”

No estaba lejos el dia de las represiones arbitrarias. Al exabrupto de *La Política*, contestaba *La Nacion*, órgano del Sr. Madoz, en estos términos:

“Basta de contemplaciones y de farsas, decimes tambien nosotros. ¿Qué significa, qué se quiere decir, cuando se asegura que el partido progresista no es un partido legal, porque no acepta la legalidad constitucional que nos rige? ¿Se pretende asegurar con esto, que sus doctrinas no deben ser discutidas, que sus hombres se hallan inhabilitados para subir al poder, y que no debe permitírsele tomar parte en la marcha de los negocios públicos? Si eso se pretende, hombres de *La Política*, ¿por qué sois vosotros poder? ¿Por qué os mezclais en la administracion del Estado? ¿Es acaso meritorio y laudable en vosotros lo que para el partido progresista es un delito? Si, porque nosotros no aceptamos como legalidad comun la Constitucion vigente, no podemos aspirar al poder, ¿con qué derecho lo estais poseyendo vosotros, que tampoco la aceptais? Y que no la aceptais, no hay entre vosotros, ya seais de union liberal, ya os llameis moderados, un solo grupo, una fraccion que no lo haya declarado de una manera clara y solemne, tan clara y tan solemne como la hecha por el partido progresista; y sin embargo, todas esas fracciones han alcanzado el poder, y para ninguna de ellas, por grandes que hayan sido las calamidades que hayan hecho sufrir á España, se han cerrado sus puertas...”

“Habla *La Política* de asociaciones revolucionarias y ambiciones facciosas; ¡y eso lo dice el periódico de los hombres de Vicálvaro!... ¡Y eso lo dice el órgano de aquel grupo, cuyo primer paso en la vida pública fué la célebre revista de monturas del Campo de Guardias; de unos hombres que, segun la expresion gráfica del diputado Sr. Reina, *jugaron á cara y cruz la dinastía en un portal!*

Las recriminaciones se cruzaban sin cesar de unos á otros campos, enardeciendo á los combatientes, que poco atentos á discutir doctrinas, se lanzaban injurias y

denuestos personales. En esta desagradable tarea se distinguían los periódicos unionistas y ministeriales, por lo mismo que eran más libres para todo género de ataques, y los neo-católicos y absolutistas, que se complacían en atizar el fuego de la discordia, provocando la represión. Los progresistas y moderados coincidían en su guerra al vicalvarismo y á la situación dominante, de tal modo que llegó á creérseles coaligados.

Entre tanto las palabras pronunciadas por el Sr. Olózaga en el banquete iban produciendo una gran excitación entre los esparteristas, á medida que la prensa las comentaba é interpretaba. El Duque de la Victoria mismo creyó necesario contestarlas, y con este objeto dirigió á *La Iberia* una carta, en la cual, después de manifestar su extrañeza porque no se hubiese dado cuenta de la invitación que le hizo el Comité central para que asistiese al banquete, ni de su contestación, decía:

“El Sr. Olózaga, después de encomiar con exceso mis servicios á la causa de la libertad, servicios que son para mí más cumplidamente recompensados con el afecto de mi país, que pudieran serlo con intereses materiales, que he rechazado y rechazaré siempre, dijo en un período de su discurso: “Que no creía faltarme, ni de ninguna manera perjudicar al porvenir, si decía que me creía separado de todo propósito de gobernar por mí mismo á la Nación; y yo declaro con la lealtad de mi carácter (añadió), *que tampoco le conviene al partido progresista ni á la Nación.*” Y como estas palabras pudieran ser interpretadas en sentido ofensivo á mi persona, me veo obligado también á decir, que jamás he abrigado bastardas ambiciones de mando; que nadie lo ha ocupado con más ardiente deseo de afianzar la libertad de mi Patria y el Trono constitucional, en conformidad con las instituciones que se ha dado el país en uso de su soberanía; y para que cupiera al partido progresista la mayor gloria en su regeneración, he solicitado siempre con ingénuo franqueza el auxilio de todos, y no he rehusado á ninguno.—Si en este afán no he sido constantemente afortunado, el país, que va juzgando á los hombres por sus acciones, puede ya hoy dar la culpa á quien la merezca. Yó, como debo, me resigno á su fallo.—Logroño, 8 de Mayo de 1864.—*Baldomero Espartero.*”

Esta dignísima contestación puso indudablemente al general Espartero en el lugar que merecía; pero, por lo mismo, ahondó más la división en las filas del partido progresista, obligando al Comité central á dirigir á todos los de España una nueva circular, en la que decía: “que el incidente ocurrido, aunque lamentable sin duda, ni era tan grave como le había querido juzgar el sentimiento sobreexcitado de algu-

nos de sus amigos, ni tan transcendental como lo trataban de presentar sus adversarios; que tan pequeña causa no podía producir ni el mal que tímidos amigos recelaban, ni el que insidiosos enemigos procuraban fomentar por todos los medios imaginables. El partido nacional (añadía) está más alto que las diferencias personales, si las hubiese, por más profundas que pudieran llegar á ser las unas y más importantes las otras., Aconsejaba á sus correligionarios que siguieran organizados, unidos, precavidos contra bastardas y ya descubiertas intrigas, y concluía diciendo:— “Nuestros jefes son las ideas liberales; nuestro guía la soberanía nacional; nuestro fin la práctica sincera del gobierno representativo. El tiempo y los sucesos han de decirnos quienes deben realizar nuestras fundadas esperanzas. *El tiempo y los sucesos indicarán los hombres que hayan de ponerse á nuestra cabeza.* El tiempo y los sucesos harán ver á nuestros adversarios que aborrecemos la lisonja y la idolatría, profesando, sin embargo, profundo y digno respeto á los servicios y á las grandes cualidades de nuestros hombre eminentes..... Sigamos impasibles la senda que nos hemos trazado, con tan buen éxito hasta el día; démoslo todo á la doctrina, y nada más que lo preciso á las personas, y estemos grave y tranquilamente dispuestos á todas las eventualidades del porvenir.....”

El partido progresista quedaba, pues, al parecer, sin cabeza, sin jefe, dejando al tiempo y á los sucesos que indicaran quién había de guiarle. Por de pronto, la primera firma que autorizaba el anterior documento era la del Conde de Reus. El señor Olózaga no había tomado parte ostensible en la última deliberación del Comité; pero se apresuró á declarar por medio de una larga carta su completa conformidad con el espíritu de la circular, diciendo que él siempre había rechazado el título de jefe, aspirando solo á ser guía (*leader*) de su partido. “Lo que pueden hacer, añadía, los que en todos los pueblos libres quieran servir al partido en que están afiliados, es estudiar sus tendencias y sus fuerzas, para dirigir las..... Yo he querido hacer esto, hasta donde lo han permitido mis fuerzas..... El que mejor las muestre en defensa de nuestros principios; el que lleve á nuestro partido, desde el punto á que felizmente ha llegado su organización y su unidad de miras, al triunfo definitivo, que no puede estar muy lejano, ese será nuestro guía y podrá contar con mi cooperación, que sería muy débil, si, á falta de otras cualidades, no tuviera yo una voluntad de hierro y una perseverancia á toda prueba.”

IX.

Las disidencias, ya personales, ya en materia de principios, que surgían en el seno de los partidos, así en los de oposición, como en los más ó menos adictos al Gobierno, eran meros accidentes de una situación que nadie acertaba á definir. La gran lucha, la gran batalla estaba empeñada entre las ideas democráticas que pugnaban por abrirse camino, é iban ensanchando cada día su esfera de acción, y las absolutistas que pretendían imponerse á la sociedad.

Una de las faces de aquella lucha era la cruzada que, desde hacia algún tiempo, se había levantado contra la enseñanza universitaria, y que sucesivamente fué extendiéndose hasta hacer sospechosos á los profesores de primeras letras. Continuamente aparecían exposiciones, suscritas las más de ellas por mujeres y personas ignorantes, por niños, criados y labriegos, que ni aun sabían leer, incitando al Gobierno á tomar medidas represivas para cortar abusos que, en concepto de los autores de aquella agitación, existían. El Gobierno dió á estas representaciones más importancia de la que debiera; pues le bastaba para conocer y reprimir los supuestos ó verdaderos abusos denunciados, ejercer la alta inspección que le concedía la ley de instrucción pública vigente, de la cual no podía decirse por cierto que dejase abandonados los altos intereses morales y religiosos de la sociedad. Y como aquella agitación era esencialmente política, obedeciendo al pensamiento de arrebatar al Estado la dirección suprema de la enseñanza para entregarla exclusivamente al clero; como en esto se veía la mano del neo-catolicismo, empeñado en alarmar á las conciencias timoratas para provocar una reacción, únicamente favorable á sus fines, prodújose necesariamente un movimiento de repulsión á tales pretensiones, tanto más exagerado, cuanto mayor era la violencia y la injusticia del ataque.

La enseñanza en general jamás había sido tan pura y exenta de errores, ni había estado mejor ni más dignamente vigilada: el clero no carecía de la participación que debiera corresponderle en la educación de la juventud; si acaso en el profesorado había individuos censurables, serían muy pocos, y no era justo envolverlos á todos en el comun anatema. Los catedráticos y profesores no podían, siendo personalmente interesados, salir á su propia defensa, y en su lugar lo hicieron los

estudiantes, protestando contra las difamaciones de que eran objeto sus maestros y contra las tendencias manifiestas de los reaccionarios.

Los estudiantes de Barcelona dieron el primer grito, é inmediatamente les siguieron los de Madrid y los de todos los establecimientos públicos de España. La juventud escolar madrileña decia :

“Individuos los que firmamos esta manifestacion de todas las escuelas , de todas las carreras, de todas las facultades, tenemos el deber de salir en defensa de nuestros maestros, asistidos de alguna más competencia que aquellos que les ofenden sin conocerlos , y les acusan sin oirlos. Nuestros catedráticos, por tan malas artes combatidos, cada uno en su asignatura, cada uno con sus ideas y con sus medios, lejos de oscurecer nuestras conciencias, nos han enseñado á amar la patria con la virtud de ciudadanos, á amar la naturaleza como fieles hijos suyos, á iluminar el espíritu en la ciencia ; á hacer el bien por ser bien, sin mezcla de interés ni de egoismo ; á fortificar el raciocinio, á obedecer la conciencia, á cumplir las grandes leyes morales, á elevarnos á Dios como ideal de nuestra conducta, como luz eterna de nuestra vida.

“Tambien hemos aprendido que la ciencia no puede ser esclava ; que ningun poder puede ser superior á su poder ; que ningun deber puede ser contradictorio á sus derechos. Y por eso nosotros creemos que si de algo peca nuestro régimen universitario, es de opuesto á lo que exigen los adelantos del siglo. Las universidades y las escuelas tienen un régimen privilegiado, estrecho, más propio de instituciones mecánicas que de estos institutos de enseñanza, consagrados principalmente al espíritu y por su naturaleza libres. Por eso, estudiantes de toda España, por eso os pedimos que, imitando el noble ejemplo de la juventud catalana, cuyo primer grito ha sido tan admirablemente secundado, os unais á nosotros *para reclamar la libertad de enseñanza*. Esta debe ser la creencia de la juventud , porque este es el ideal del porvenir...”

Así la juventud, movida por un impulso generoso, iba mucho más léjos de lo que pensaban los que pretendian enfrenar el curso de las ideas. Sin duda, estas manifestaciones “podian ser semilla de discordia y origen de gravísimas perturbaciones,, como dijo el Gobierno ; pero, ¿quién era su causante? ¿quién las habia provocado? El poder público, que no tuvo una palabra para defender á los profesores oficiales, ni á la enseñanza dada bajo su propia direccion, de los violentos ataques que se les dirigian, se apresuró á expedir una circular condenando las protestas de los alum-

nos, en el supuesto de que “inferian una grave ofensa á la disciplina académica los que se propasaban á juzgar á sus maestros, cuando su deber era respetarlos y obedecerlos ciegamente.” Y como el caso no estaba previsto en los reglamentos, se mandaba reunir todas las manifestaciones publicadas, á fin de instruir expediente, “para que en lo sucesivo quedase corregida esta omision, hija sin duda de que no era presumible que se aventurasen á dar su opinion en negocios tan graves, jóvenes á quienes las leyes consideran de tan poco madura razon, que no les permiten disponer de sus personas ni de sus bienes sin el auxilio de un guardador.”

Esta circular era una nueva ofensa inferida al profesorado, al sentido comun y á la justicia, y una muestra de que el Gobierno, entrando en las vias represivas, se ponía al servicio de la reaccion, cuando debiera colocarse con severa imparcialidad sobre unos y otros contendientes, y reivindicar sus derechos desconocidos por los detractores de la enseñanza, único modo de imponer su autoridad á los escolares.

Otro de los indicios de que prevalecia la política de compresion fué el proyecto de ley sobre reuniones presentado á las Córtes, y en el cual el Senado introdujo modificaciones esenciales haciendo desaparecer de él cierto carácter despótico, pero dejándolo por demás restrictivo y difuso. Segun el artículo primero modificado, toda reunion convocada en calles, plazas, paseos ú otro lugar público, sin el permiso del Gobernador civil en las capitales de provincia, de los subgobernadores donde los hubiere, ó de la autoridad local en los demás pueblos, seria ilícita y podria ser disuelta sin demora en la forma prevenida por el artículo 181 del Código penal; es decir: como si fuesen actos de verdadera rebelion y sedicion. El artículo segundo consideraba como reuniones públicas todas las que, pasando de veinte personas, convocadas con conocimiento de la autoridad, se celebraran en edificio donde no tuviesen su domicilio habitual los que las promoviesen. Los que promovieran ó admitieran una reunion en sus casas ó establecimientos, deberían dar prévio aviso á la autoridad, salvo si tuviesen autorizacion general para ello. Las reuniones de carácter religioso necesitarian además el permiso de la autoridad eclesiástica.

Por este estilo continuaba aquella ley amontonando disposiciones casuísticas, tan fáciles de eludir, como ocasionadas á una interpretacion arbitraria.

La reforma de la ley de imprenta vino, por último, á completar el sistema de compresion, á que parecian empujar al Gobierno, por un lado la efervescencia revolucionaria, y por otro las excitaciones de los reaccionarios. En el trancurso de un mes, desde que se puso en vigor aquella ley, recayeron veintidos denuncias sobre